

Extrema-Uncion, y si por falta de ella estarán en el infierno muchos. Oh, consuelo para aquel trance inexplicable! Cierto es, que no hay precepto que nos la mande recibir: pero si hay el escándalo, si hay desprecio, dexarla sería un pecado mortal gravísimo. Y yo quiero que el dilatarlo no sea desprecio; pero por temores tan vanos, irle poniendo dilaciones: Oh, qué peligros! El caritativo Padre de Pobres San Juan de Dios, (*in ejus vita, cap. 24.*) tenía en su Hospital de Granada un Pobre gravemente enfermo; quiso dar la Extrema-Uncion, y él con ese temor de ignorantes, se afligió de manera, rogándole que la dilatase; que el Santo, por no desconsolarlo, vino en ello. Salióse à pedir su limosna por el Lugar, y quando volvió ya havia muerto el enfermo sin la Extrema-Uncion. Pusose con sus Frayles à amortaljarlo, y de repente se levantó, y se sentó el difunto; y mirando al Santo, dixo: Padre de Pobres, por negligencia que tube en recibir el Sacramento de la Extrema-Uncion que me quisistes dar, soy condenado à veinte años de Purgatorio; y luego se volvió à postrar difunto. Veinte años de Purgatorio? Andense ahora con dilaciones en este Sacramento.

Yá; pero como luego se sigue la muerte. Oh, necios! Y cuántos oleados comen pan? Ese es otro efecto de este admirable Sacramento, tan leños de vuestra ignorancia, que antes, si al alma le conviene, dá al cuerpo la salud. Por ese miedo necio la rehusa de recibir Roberto Emperador; (*Marcant. Candelabr. tit. 6. sect. 2.*) y vencido à las instancias la huvo de recibir, y al instante que la recibió se levantó sano, y robusto. Fray Nicolás de Nice, Franciscano, refiere, que un Caballero muy noble, estando muy malo, y proponiéndole el recibir la Extrema-Uncion: *No me traéis de esso*, respondió, *porque que todos los que se oleasen mueren*. No pasó mucho, que sin él se murió, y aun antes de enterrarlo, delante de un grande concurso se levantó en el feretro, y dixo: *Porque no quise recibir la Extrema-Uncion, padeceré cien años en el Purgatorio por justos juicios de Dios*. Y añadió: *Si la huviera recibido, no huviera muerto, y me huviera levantado de mi enfermedad*. Y si acá lo vemos en tantos hácia la salud del cuerpo, qué penas serán en el Purgatorio las que padezcan, los que, ò la dilatan, ò no la reciben? Sí, como dixo Santo Tomás, y es el sentir comun de la Iglesia, este Sacramento es la última disposicion, que prepara, y dispone al alma para entrar inmediatamente en la Gloria, ò no hay Fé si se rehusa, ò no hay entendimiento si se dilata.

Refiere el Discipulo, (*in Promp. verb. Unc. extra.*) que un Religioso Dominicano, llamado Bonifacio, gravemente enfermo, pidió à su Prior que le diese la Extrema-Uncion; él, por ser ya tarde, no quiso juntar la Comunidad, dilatólo à la mañana siguiente, è yendo à vér al Religioso enfermo, muy afligido, le dixo: Oh, Padre, qué mala obra me has hecho! Porque si à

noche me huvieras oleado, ahora estuviera ya yo en un hermosísimo Palacio, que esta noche he visto. Vi que estaba Fray Reginaldo, y otros Frayles, y Santos, que han muerto, y que saliendome à recibir me havian entrado allá, y sentandome con ellos, donde estaba yo gozósimo; pero entrando luego mi Señor Jesu-Christo, me dixo: Anda, vete de aqui, que no puedes estar con mis Santos, pues que no has recibido mi Santa Uncion, que te purifique. Con esto me volví, oh, qué afligido! y si supieras cuánto es el mal que me has hecho con averme dilatado aquel gozo! Oh, y si todos hicieramos este concepto! Con que amor, con qué santos deseos, con qué viveza de Fé, con qué fervores del alma recibiamos este Sacramento! que limpiandonos de las culpas, es la puerta mas feliz por donde hemos de entrar à la Gloria.



PLATICA PRIMERA.

DEL SANTO SACRAMENTO del Orden.

A5. de Septiembre de 1694.

ES el Orden alma de la hermosura, vida de la armonía, sér de todo lo artificioso, y decoro de lo natural; es de todo el Universo el orden, el nudò que lo liga, el vínculo que lo mantiene, y la belleza toda que lo hermosa: *Optimum univerti est ordo*, dixo Aristoteles. Asi vemos, que en orden inviolable los Cielos mantienen la consonancia de sus tornos, los Planetas observan la armonía de sus aspectos, los Astros reparten la benignidad de sus influxos, los Elementos alternan de su actividad los efectos, à cuyos ordenados pasos sigue hermoso el orden de los dias, el de las estaciones, y el de los tiempos, y acompañan ordenada en sus alternas mutaciones toda la tropa de los mixtos. Asi desde lo mas alto del Cielo, el orden es el que viene dando vida al Universo en su natural hermosura. Y en lo artificial, sin el orden, dónde se hallará con el decoro la armonía en las fábricas, por la proporcion de unas con otras partes: en las labores por la simetría de unas con otras líneas; y en la Música por la dulzura de unas voces con otras? En lo Politico, qué fuera una Republica sin orden? Y desordenado, qué fuerza le quedará à un Ejército? Solo el infierno, en fin, es el que su orden confuso, en eso mismo tiene el colmo mayor de sus horrores: *Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*.

Este, pues, Universo todo, yá en lo natural, yá en lo artificial, (*Pycinelus lib. 21. num. 141.*) yá en lo Politico, todo como relox de ruedas superiores que mueven, y de inferiores ruedas que siguen; el orden de unas partes con otras, es el que le dá el sér, la vida, el movimiento, y la her-

hermosura: *Pondus, & ordo movent*. Y si así formó Dios, aun lo material, aun lo inanimado, aun lo muerto, dándole à todo vida con el orden: *Qua à Deo sunt, ordinata sunt.* (*Ad Rom. 13.*) que dixo San Pablo, como à lo espiritual de su mejor Reyno, à lo sagradamente vital de su mejor Republica, à lo eterno de su Palacio, que es la Iglesia, no le daría con el orden toda su superior belleza: *Deus in domibus ejus cognoscetur*, decía David, y lee San Agustin: *Deus in gradibus ejus cognoscetur*; se dará Dios à conocer, mejor que en toda la fábrica de los Cielos, mejor que en toda la hermosura del Universo, en los grados con que disponiendo del Palacio de su Iglesia el servicio, retratará en la tierra el orden de aquellas celestiales Gerarquías, que en nueve distintos Coros, unas superiores, inferiores otras, si todas forman el conceto mas admirable en la Gloria, acá en la tierra el orden hace, que de distintos sagrados ministerios resulte el resplandor, el decoro, el lustre, y la armonía de la Iglesia.

Instituyó, pues, nuestra Vida Christo el soberano Sacramento del Orden para hacer en su mejor Republica distincion de nobles, y plebeyos, de inferiores, y superiores, para que gobernando los unos, obedeciendo los otros, se mantenga así el supremo decoro de sus Divinos cultos. Por eso, para los mas interiores de su casa, para Ministros allegados de su Palacio, à los que en este Sacramento escoge, los hace subir sacandolos del mundo, apartandolos de la tierra. *Ex hominibus assumptus*, de uno en otro grado hasta el supremo del Sacerdocio, para que estos sean los canales por donde se deriva à nuestros pechos la luz de la misma Divinidad, estos los interpretes de Dios, estos los maestros de la Fé, estos los oráculos del Cielo, estos los dispensadores de la Gracia, estos los archivos de la Divina Sabiduría, estos los Secretarios del mas Divino Consistorio. Por tanto, yo no pretendo explicarles el grado tan eminente à que han subido, à aquellos que lo gozan, y que me lo pueden à mí enseñar como mis maestros. Apuntaré solo à los Fieles lo que es el Sacramento del Orden, porque lo pide el orden de los Sacramentos, diré solo de la suprema dignidad, que confiere la grandeza, por lo que mira à celebrar con este orden de la Gerarquía de la Iglesia la mayor hermosura.

Este Sacramento, pues, es con un modo admirable la fuente, y manantial de los demás Sacramentos, pues todos necesitan del Sacramento del Orden para tener legítimos Ministros. Los demás Sacramentos todos los recibe cada uno solo para sí; para sí solo se bautiza el que se bautiza, se confirma el que se confirma; pero este Sacramento, el que lo recibe, no es para sí solo, es para el comun obsequio, y provecho comun de los Fieles, y de la Iglesia. Son, pues, siete distintos ordenes. Ni me digan, que como es un Sacramento solo, si son los ordenes siete distintos, que si cada uno es grado hasta el supremo,

no dexa de ser una la escalera, porque sean muchos, y distintos los escalones que la componen. Así, pues, en esta escala de grados Celestiales, siete son los ordenes, que à manera de los Angeles distinguen sus soberanos ministerios. Desde lo inferior à lo superior, desde la puerta de la Iglesia hasta el Altar, desde repeler allí los indignos, hasta hacer baxar aqui todos los Cielos. Desde la puerta dixe; es el Hostiario, primero grado, primero orden, que tiene por oficio abrir à los Fieles la puerta, y cerrarla à los infieles, y excomulgados, que no puede asistir al soberano Sacrificio. Yá mas dentro el Lector, segundo grado, orden segundo, que leyendo los sagrados Libros, doctrina tambien, y enseña los Mysterios de la Fé à los Catecumenos. Donde los hay, se entiende, aunque para enseñarles la doctrina, muchos pienso, que bautizados desde niños, aun era menester enseñarles. Yá mas dentro, y con mas superior potestad el Exorcista, tercero grado, orden tercero, tiene por ministerio librar à los endemoniados para que no inquieten, ni turben los Divinos Oficios. Acá dicen, que no hay entre nosotros endemoniados; mas segun suelen ser aun en la Misa las palabras indecencias, los visages, bien pienso, que para muchos eran menester exorcismos. Y yá mas à lo interior, allá en el Presbyterio, el Acolyto, ese es el cuarto grado, el orden cuarto, à servir los Ciriales, los Incensarios, las Vinageras. Pero entrando luego, y à lo mas sagrado, y à la redonda del Altar, el Subdiacono à prevenir en él los sagrados Vasos, el Diacono à ministrarselos inmediato al Sacerdote, y el Sacerdote à qué? A hacer baxar à Dios à la Hostia, à trasladar todo el Cielo à la Iglesia, y à levantar la Iglesia hasta el Cielo con el mas Divino Sacrificio. Así, pues, prevenido de ministerios el Celestial Palacio, se vé servido, con qué magestad asistido, con qué decoro celebrado, con qué veneracion? que tantas veces llenando de religioso asombro à los Infieles, aún solo por este exterior que se mira, les ha hecho conocer la suprema Divinidad, que se venera.

No es, pues, esta distincion soberana de ministerios, y de oficios, como los demás de la tierra, que todos al quitar consisten, ò en solo nombramiento, ò en eleccion sola, ò en solo aprobacion. Oh, qué ventaja tan relevante de estos Ministerios de Dios, no solo sobre otros Ministros, pero aun sobre los Reyes, y Emperadores del Mundo! Consiste, pues, esta potestad soberana de cada uno de los ordenes en la Consagracion, que de aquel hombre hace à Dios el Obispo, Ministro de este Sacramento, aquel al punto que dándole la materia de cada orden, le dice las palabras de la forma, con la gracia que al alma le confiere, le imprime en el alma el carácter, por el qual aquella dignidad es eterna. Las mas sublimes dignidades del mundo, à mas durar, son de

de por vida, y la muerte desnuda à los Reyes, depone à los Emperadores; y aun antes, cuántos se han visto caerfeles de las manos el Cetro, y de grandes Monarchas han llegado si ser viles esclavos? Cuántos endiosados, por el tiempo de nuestra voluntad, los hemos mirado depuestos? Y cuántos que barbaramente se dicen hombres de mi carácter, los hemos visto sin ese, que con punto de blasfemia ellos llaman su carácter? Pero la dignidad Sacerdotal no es de esa fuerte miserable, que una vez impreso el carácter en el alma, no hay fuerza criada, ni en el Cielo, ni en la tierra, que pueda quitarla. Un casado, si despues de muerto volviera à resucitar, yá no era casado. Un Rey, si de muerto resucitara, yá no era Rey; pero el Sacerdote, aunque resucitara mil veces, impreso en el alma el carácter, ni la muerte, que todo lo quita, pudiera quitarfelo. El poder que gozan los Reyes, los Principes, los Gobernadores, el mando todo, y el señorio todo, les viene de fuera, de el consentimiento de los Pueblos, de la obediencia de los Vasallos; mas la potestad de el Sacerdote, siendo tan suprema, de nadie depende, nadie puede quitarla, y siempre en su alma resplandece. Encontrandose en Roma San Felipe Neri (*in ejus vit.*) con un mancebo de diez y seis años, en trage secular, se le paró mirando, y le dixo: *Dime la verdad; no eres Sacerdote?* Atonito el mancebo le confesó que lo era. Era esto antes de que saliesen los Decretos del Santo Concilio de Trentó, que determinan la edad para las Ordenes. El era Sacerdote, y le confesó lo havian ordenado contra su voluntad sus parientes, y que por eso andaba en aquel trage. El Santo lo reduxo, y preguntando, cómo lo havia conocido, dixo al Cardenal Francisco Maria Tarugi, que le havia visto à aquel mancebo resplandecer en la frente el carácter Sacerdotal, por donde lo havia conocido. Asi en los Sacerdotes lo conocen, y lo veneran los Angeles? Asi lo ha mostrado el Cielo no pocas veces con prodigios. (Apud Marchanti. *Candelab. Myss. tract. 7. lect. 1.*) De Conrado, Abad Cisterciense, y despues Cardenal de la Santa Iglesia, varon de gran piedad, refiere nuestro Hautino, que los dos dedos con que cogia la Hostia, le resplandecian de modo, que con ellos se alumbraba en las tinieblas, y que firviendole los dos dedos consagrados de candela, con ellos solos leía, y estudiaba de noche. Oh, qué luz, que à los unos alumbraba à la mayor veneracion, y à los otros à la mayor pureza!

Mas yá, adónde se encamina todo este orden bello, todos estos grados tan soberanos, todos estos oficios tan divinos? La Reyna Sabá, no quedó embargada, y fuera de sí de la admiracion, solo al vér del Palacio de Salómon la grandeza, de su mesa los regalados, y exquisitos manjares; sino tambien al verfeles servir con tan buen orden, con tan admirable concierto à sus Ministros, cada uno con su divisa en el vestido, como era el exercicio de su ministerio: *Et ordines ministrantium, vestesque eorum.*

(3. Reg. 10.) Ahí fue donde, sobre tanta grandeza tanta magnificencia, tanto regalo, viendo lo bien concertado del servicio, no le cabia yá tanta admiracion en el alma: *Non habebat ultra spiritum.* Mas no havia visto ella de este, infinitamente más sabio Salomón, la grandeza, con que para la Mesa, en que nos pone su Divinidad las delicias, ordenó su sabiduría tanta variedad de Ministros para el harmonioso concierto de sus obsequios. A eso, dice Santo Thomás, (*Supp. 3. p. q. 37. art. 2.*) se encaminan todas las Ordenes, à eso todos los grados, y ministros de este Sacramento, y à servir todos à aquella Mesa Divina, à aquel Sacrificio soberano del Altar: *Ordinis Sacramentum ad Sacramentum Eucharistiae ordinatur: Et ideo distinctio ordinum est accipienda secundum relationem ad Eucharistiam.* Asi como los Templos, los Altares, los vasos, los adornos, los cultos, todos son consagrados à aquel Divino Sacramento, asi à sus obsequios se encaminan del Sacramento del Orden todos los Ministros, ò para prevenir, ò para consagrar, ò para repartir, ò para ofrecer aquel Pan Divino por la salud del mundo al Eterno Padre; por eso, dice el Santo Doctor, el ofrecer, y consagrar aquel Divino Pan, es el primero, y principal officio del Sacerdote: el dár à este en las manos la Sagrada Hostia, y el Caliz, es ministerio principal del Diacono: el prevenirla dentro del Altar, del Subdiacono: y el servir trayendo los sagrados vasos al Altar, del Acolyto. Eso es lo que mira al mismo Sacrificio. Mas porque los que lo asisten deben de ser todo dignos, y del todo limpios, à eso miran los otros tres menores ordenes. El Exorcista à librar los endemoniados, el Lector à enseñar à los Catecumenos, y el Ostiario à repeler de la Iglesia los infieles, y excomulgados. Porque por todas partes se vea en la Iglesia donde aquel Divino Sacrificio se ofrece, santidad, pureza, culto, y reverencia. Y por eso por mas cercanos los tres primeros Ordenes de *Sacerdote, Diacono, y Subdiacono*, se llaman sacros; à distincion de los otros quatro, que se llaman menores. No porque todos no son muy sagrados, sino porque aquellos tres, de mas cerca tocan, y manejan lo sagrado, y por eso tambien son con especial solemne voto de castidad consagrados à Dios para mayor pureza: *Mundamini, qui fertis vasa Domini.* (*Jerem.*)

Y yá, si por escalones tan soberanos se sube hasta el mismo Solio de Dios en el Sacerdocio, hasta el mismo Trono de la Divinidad; qué dignidad será esta? qué honra? qué poder? Aquí faltan leugas à los Serafines para explicarlo: aquí no alcanzan, ni aun los pensamientos mas perspicaces à comprehender lo que en un punto hace Dios por virtud de este Sacramento en un hombre. Adónde lo eleva? adónde lo sublima? Dale, pues al Sacerdote dos poderes. El uno, que llamamos de orden, el otro, que llamamos de jurisdiccion. El un poder todo sobre el Cuerpo, y Sangre Real, y verdadera del Hijo de Dios;

el otro sobre el cuerpo mystico de su Iglesia. El un poder, para traer obediente à su voz à Dios, à ponerlo desde el Cielo acá entre los hombres; el otro poder, para sacar à los hombres, à fuerza de su voz, del mismo infierno de las culpas, hasta ponerlos en el Cielo. ¿Qué poderes son estos tan admirables, qué dignidad tan sobre humana, y qué autoridad tan divina? Si uno de nosotros huviera sido criado antes de fabricar Dios el mundo, y à este le huviera Dios dado el poder de hacer todo este mundo con quatro palabras, si con esas quatro palabras huviera criado quantos millones de hombres ha havido en la tierra; si à todos esos, con quatro palabras les huviera dado la Gloria; y si esto lo pudiera repetir quantas veces quisiera, si pudiera criar un Cielo cada instante, si pudiera formar un Sol à cada palabra: ¿qué hombre es este, dixeramos, tan poderoso, y tan admirable? Pues todo esto junto es nada, respecto de lo que hace el Sacerdote quando consagra (*Le. de Perf. div. l. 12. n. 121.*) con una accion tan poderosa, que si el Cuerpo de nuestra Vida Christo no estuviera del todo en el mundo, solo à fuerza de sus palabras se criara de nuevo, y de nuevo se produjera. ¿Pues qué tiene que vér la fabrica del mundo, y de millares de mundos con esta, la suprema de las maravillas de Dios? Aquí atonitos se pasman los Angeles, dice San Agustín, y como criados asisten al Sacerdote (*Aug. apud Turlor.*) yá que no configuieron ellos la dignidad que logran los hombres: *Sacerdos hoc ineffabile conficit mysterium, & Angeli conscientiam famuli assistunt.* Celebraba ordenes San Francisco de Sales, (*in ejus vit.*) y haviendo ordenado à uno de Sacerdotes, reparó, que al salir aquel de la puerta de la Iglesia, yendo solo, con todo eso se paró con ademanes de hacer cortesía à otra persona para que pasara. El Santo no la veía; llamóle, y preguntóle à parte, ¿qué era aquello? Y él le huvo de confesar, que havia tiempo que el Angel de su Guarda le hacia el favor de mostrarfele visible, que siempre le havia traído al lado derecho, y que llegando à alguna puerta, entraba primero siempre el Angel; pero que así que se ordenó de Sacerdote, mudó el Angel el lugar: púsofele yá al lado izquierdo; y llegando à la puerta, por eso me detuve, dixo, porque el Angel se detuvo, y no quiso salir antes que yo. Asi un Angel soberano venera esta tan sobre humana dignidad. ¿Qué mucho, si en un Sacerdote miran aventajarfe en el modo, aun lo que en Maria Santísima ha sido, y es el pasmo, y la admiracion de los Cielos, y de los siglos? Y si en su Vientre Purísimo encarnó una vez, à las palabras de su humildad rendida, el Humano Verbo; no una vez yá, sino todos los dias, à palabras del mas soberano imperio, se repite esta maravilla en las manos del Sacerdote: *Ob, veneranda Sacerdotum dignitas!* (exclama S. Agustín) *in quorum manibus, velut in utero Virginali, Filius Dei Incarnatur.* Por eso la Señora, tan repetidas veces ha mostrado el gusto de asistir desde el Cielo à este di-

vino Sacrificio. Al Padre Antonio Ruiz de Montoya de nuestra Compañia, (*Ann. dierum Societ. 11. April.*) al revestirse para celebrar su primera Misa, se le apareció visible la Señora; y saliendo con él, como Madrina suya desde la Sacristia, le estuvo asistiendo por toda la Misa con increíble regocijo del nuevo Sacerdote. ¿Qué he de decir de estos favores, que pueden llenar enteros libros? Solo referiré para consuelo de todos este suceso.

Refiere el Discipulo, (*Discip. in promptuar. verb. Eucharistiae exem. 240.*) que un Sacerdote muy devoto de la Santísima Virgen, era muy tentado cerca de la Fé de este Soberano Misterio. Clamaba à la Señora con oraciones, y lagrimas, por verse libre de esta tentacion. Y un dia diciendole Misa, antes de llegar al Pater Noster, se le desapareció de sobre los Corporales la Hostia que tenía consagrada. Quedó atonito, buscó, miró por todas partes, no parecia, hasta que levantando los ojos à lo alto, vió à la Santísima Virgen con su precioso Hijo en los brazos; y mirandolo amoroso, le dixo: *Vés aquí al que yo paré quedando Virgen, y el mismo que tú ahora consagrastes, y poco há tuviste en tus manos, y alzaste, y el que de ordinario comes, y bebes en el Altar. Vés aquí te le pongo, para que con reverencia, y devocion le consumes. Y poniendo el bendito Niño en los Corporales, desapareció todo, sin hallar allí el Sacerdote mas que la Hostia: Oh! y así esta dulcísima Señora, y Madre nuestra nos lo ponga en nuestros corazones, para la devocion, y ternura, para la Fé, y la veneracion, que por medio de tan Soberanos Misterios, y que por mano de los Sacerdotes nos conduzcan à verla en la Gloria.*



PLATICA II.

DE LA POTESTAD SOBERANA DE los Sacerdotes para absolver.

A 12. de Septiembre de 1696.

A Un desusado prodigio, atonitos los de Li-caonia, ni sé si fue la admiracion la que les hizo trocar las palabras, ò si el regocijo fue el que les hizo invertir el sentido. En Listris, llegados San Bernabé, y San Pablo, se arrastraba miserable un tullido, que desde el vientre de su madre salió al mundo arrastrandose; y compadecido el Apostol al verlo, ponte en pie, le dixo, anda derecho; y al instante, vencidas de la naturaleza las prisiones, él saltó ligero; y à vista de la muchedumbre, empezó à andar sin embarazo, quando atonita la admiracion levantó el grito: *Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos.* Unos Dioses que parecen hombres son sin duda, decian, estos que nos han venido. Dioses que